

Crítica de libros

GARCÍA-CANO LIZCANO, Fernando: *Filosofía, cultura y sociedad. Ensayos de razón integradora*. Instituto de Estudios Manchegos (CSIC), Ciudad Real, 2017. 254 pp.

Como nos informa el autor en la introducción, este libro es la recopilación de una serie de trabajos elaborados a lo largo del tiempo –doce años– que fueron presentados la mayoría de ellos en diferentes congresos y foros de pensamiento.

Que hay muchas formas de pensar es tan evidente que no se necesita de ninguna argumentación para hacernos cargo de esa afirmación. Pero pienso que esta afirmación es muy ambivalente y necesita matizaciones. Hoy, a cualquier posición que se adopta ante la vida, ante un problema, ante un acontecimiento o ante una situación se la llama pensamiento. Así se ha vulgarizado ya ese término y así se acepta. Pensamiento en este sentido viene a significar las distintas perspectivas desde las cuales cada uno se sitúa ante lo que acontece o le acontece, es decir, el pensamiento es la mera opinión más o menos informada.

Pero hay otras formas más específicas de considerar eso que llamamos pensamiento. Por ejemplo, la que se lleva a cabo en el ejercicio de la literatura, o en la múltiple y variada actividad científica; pensamiento poético, histórico, jurídico, biológico, económico... Son formas regladas que exigen de unas metodologías adecuadas y de unas argumentaciones propias en orden a conseguir los objetivos propuestos en cada caso. Estas formas de ejercer eso que llamamos pensamiento en muy poco o en nada se parecen a la que he considerado anteriormente –la que expresa la opinión subjetiva y libre de la persona ante las múltiples facetas que presenta la vida–, pues exigen las cualidades de un rigor y de una fidelidad a los datos que nos presenta lo real de las que la mera opinión carece.

Pero hay todavía una tercera forma de ejercer el pensamiento que consiste en preguntarse por el pensamiento mismo y su vinculación con lo real, por sus posibilidades y límites, por sus objetos y sus resultados. ¿Qué es propiamente eso que llamamos pensamiento?, ¿qué vinculación tiene con lo real, con lo que es?, ¿se puede pensar lo real, lo que es? Esta forma de pensamiento es, hoy por hoy, una y más raras, no por estrañarias sino por escasas, las personas que hacen de esta forma de pensamiento su modo de vida, es decir, las personas que asumen el oficio de pensar radicalmente, distanciándose en cierto modo de las urgencias, de las modas o de las servidumbres en que el ejercicio de la vida cotidiana nos sumerge.

Todos pensamos, cierto, pero no todos somos científicos, ni historiadores, ni poetas... ni filósofos.

Ya ha salido la palabra. Filosofía. También es una palabra muy ambigua. No me voy a detener en deshacer los múltiples equívocos que surgen en su uso, ni las diferentes definiciones que se han ensayado de esa actividad. Me voy a quedar únicamente con su significado etimológico: tendencia o amor a la sabiduría como medio de adquirir lo que los dioses tienen en propiedad. Desprovista de la connotación religiosa con que la revistieron los pitagóricos, fue adquiriendo el sentido de la sabiduría misma, para distinguir el verdadero conocimiento de la simple opinión. Y muy pronto, la sabiduría se identificó con la posibilidad de pensar y adquirir conocimiento acerca de los fundamentos racionales de lo real. La realidad no es caprichosa, ni arbitraria, sino interrogativa, suscita preguntas que invitan a buscar las respuestas más adecuadas, más verdaderas. Si las personas queremos tener una orientación básica en nuestra existencia, hemos de comprender qué es y cómo funciona lo real en su modo de ser estable y permanente para saber a qué atenernos.

esa es la cuestión primordial. Aquí es donde se engarza perfectamente la aportación del libro de Fernando García-Cano con nuestro momento cultural. Desde hace tiempo –y en parte debido a la propia actividad filosófica–, en el Occidente se han producido dos lamentables renunciaciones. La primera fue el olvido del ser, de los fundamentos, para centrarnos en la conciencia. Con la renuncia al ser el hombre quedó a merced de su conciencia subjetiva, absoluta, aislada; creadora de sentidos y significados, pero ausentes de fundamentos, de bases estables. Lo que la hizo muy volátil y abrió la puerta a la entrada de la irracionalidad y a la absolutización del subjetivismo. Su abanderado fue Nietzsche y sus resultados más dramáticos los tenemos en los totalitarismos del pasado siglo XX y sus gravísimas consecuencias deshumanizadoras. La segunda renuncia fue abandonar el uso de la razón que pretendía ahondar en los fundamentos de lo real para descubrir lo verdadero y reducirla a una mera razón instrumental encomendada a la tecnociencia y a la administración. Como ya denunció Horkheimer: «La razón se encuentra completamente sometida al proceso social; su valor instrumental, su función de medio para dominar a los hombres y a la naturaleza se ha transformado en el único criterio. De este modo, el sistema, la administración, la civilización industrial coloca al hombre en una casilla y allí circunscribe su destino» (1947). Es decir, con la renuncia al ser y con el uso de la razón instrumental, políticamente se ha hecho del hombre un ser reducido a individuo administrado, a ciudadano como se dice ahora, única consideración que se admite en los diversos foros públicos para referirse al ser humano.

El libro que recensiono no sólo denuncia este reduccionismo intelectual, metafísico y antropológico, sino que también pretende ofrecer diferentes perspectivas para abrir horizontes ante las nuevas situaciones en las que nos hallamos inmersos. Basta echar una mirada al índice para ver en la enumeración de los temas tratados el empeño por pensar las diversas situaciones actuales desde la solidez de una razón fundamentada: patologías de la razón, relativismo, postmetafísica, pre-político, razón pública/razón privada; racionalidad compartida, transhumanismo, laicidad, multiculturalismo, ética, Dios... Sin perder de vista el horizonte metafísico y antropológico que estas cuestiones reclaman para una más honda comprensión, la mirada que el autor les dirige adopta, sin embargo, la perspectiva de la filosofía política. Todo un acierto, en mi opinión, porque ese fue el origen de la gran filosofía.

Desde el viejo Aristóteles sabemos que el hombre piensa para elegir un modo de vida que le reporte felicidad. Y que ese modo de vida no es posible sino en la en la ciudad. Es decir, la realidad humana es un cierto modo de vida que se elige en vista de un bien intrínseco al vivir mismo y que se llama felicidad. Pero la cosa viene a complicarse un poco más cuando descubro que las posibilidades de mi felicidad están vinculadas al destino de la sociedad. Es decir, y volviendo otra vez a Aristóteles, que soy esencialmente un animal político. No primeramente un individuo, ni tampoco un ciudadano en el sentido contemporáneo con el que hoy se utiliza esta palabra, sino una persona en relación, co-responsable con otras personas a la búsqueda de la felicidad. Para que la opción por un modo de vida sea una elección sensata se requiere disponer de la máxima información posible que no la puede proporcionar un prospecto o manual de uso, sino la reflexión fundamentada, pues está en juego mi ser y mi felicidad junto al ser y la felicidad de los que conmigo conviven.

En mi opinión reside aquí una de las aportaciones más importantes del libro de García-Cano: el intento de conjunción entre lo público y lo privado. La persona es un ser que habla y siente. El sentido es privado, mientras que el habla es pública. Pero siempre debe haber un continuo trasvase entre ambas dimensiones pues las dos constituyen por igual al ser humano. En nuestro momento actual hay una escisión intolerable entre ellas. El ámbito de lo público, definido por el ejercicio de las políticas partidistas, ha invadido toda la esfera de lo humano, de la razón, del logos, dejando a la persona como único espacio para su constitución, crecimiento y libertad el terreno de las emociones y sentimientos, es decir, el ámbito de lo incomunicable, es decir, de la irracionalidad. A su vez lo público, lugar donde debería hablarse de las cosas importantes: justo, injusto, bueno, malo... ha quedado invadido por los profesionales de la administración, supeditada a los que detentan el poder de las ideologías, también administradas.

García-Cano viene a decirnos que hay que recuperar e integrar (Razón integradora), a partir de la persona, su núcleo más identitario con su dimensión social. El sujeto de la razón no es el ciudadano, reducido a individuo administrado, sino la persona en comunidad, constructora de su propio proyecto personal. Es ahí donde con el Logos, la palabra, la persona enuncia y dice lo que las cosas son, pone patente y al descubierto la verdad latente de las cosas. Las hace , es decir, comunes. Dicho de otra manera, la verdad y el decir, el logos, la palabra y la razón hacen posible la como ámbito y tarea comunes. La verdad no está en mis emociones y apetencias; sino en la realidad misma y juntos nos tenemos que poner a buscarla y descubrirla. ¡Cómo no evocar al bueno y generoso Antonio Machado! «Tu verdad, no. La Verdad, y ven conmigo a buscarla, la tuya, guárdatela». La verdad no es privada, ni pública. Simplemente es y a ella tenemos que acomodarnos. Ya lo decía muy bien Serrat en una de sus canciones: «Nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio».

Desde esta perspectiva, los diferentes capítulos del libro –un total de 18 agrupados en tres diferentes temáticas– tienen una clara intencionalidad de evidenciar la razón común, y en este sentido, la razón política en su doble finalidad de buscar las condiciones que permitan el desenvolvimiento de la vida personal, y la de establecer los fundamentos que proporcionen estabilidad, seguridad y confianza frente a la intemperie de la irracionalidad o del poder abusivo.

Hoy, tan rodeados de conocimientos útiles como estamos, en orden a la verdad, sin embargo, no sabemos a qué atenernos. Los cambios sociales que se han producido en los últimos años han sido tan radicales y tan novedosos que nos han puesto delante realidades nuevas, formas nuevas, culturas nuevas, frente a las que estamos un tanto desorientados. Nuestro modo de vivir, nuestra sociedad se ha transformado tanto que nos obliga a elegir una nueva orientación. Y una orientación que solo proporcione criterios pragmáticos, económicos o políticos mayoritarios, nos sumirá ineludiblemente en el mundo de la opinión, del relativismo corrosivo, pero no en el del conocimiento. Fernando García-Cano nos viene a decir que la organización de la sociedad en su variedad de opciones culturales, reclama una consideración filosófica en un ejercicio común de razón integradora, como condición necesaria para recomponer el rompecabezas inconexo a que nos aboca la mera opinión o, en su caso, la razón instrumental establecida e imperante.

Si bien es verdad que no se trata de una monografía, al estilo de la que constituyó su primera publicación titulada (2007), fruto de su Tesis doctoral, la última publicación de García-Cano, que recoge su línea de trabajo postdoctoral, tiene la bondad añadida de inaugurar una nueva óm de Ensayos, que edita el Instituto de Estudios Manchegos (CSIC), institución de la que ha sido nombrado Consejero de Número recientemente,

a la que también pertenecen personas de variada formación y reconocido prestigio en el ámbito de la cultura local, dentro de la provincia de Ciudad Real.

Francisco M. Jiménez Gómez

MARTÍN GÓMEZ, María: *La Escuela de Salamanca, Fray Luis de León y el problema de la interpretación*. Colección de Pensamiento Medieval y Renacentista. EUNSA, Pamplona, 2017. 160 pp.

El siglo XVI fue una de las etapas más esplendorosas de la Universidad de Salamanca. En el VIII centenario de su fundación, aprovecho la breve reseña de esta investigación sobre los distintos enfoques de la hermenéutica de la Biblia en ese siglo para recordar a algunos de sus profesores más ilustres: fray Luis de León (1527-1591), Francisco de Vitoria (1483-1546), Domingo Soto (1494-1560) y Melchor Cano (1509-1560). Los cuatro representan un vigoroso renacimiento de la tradición escolástica, y la introducción de las nuevas corrientes de pensamiento que están abriéndose camino en Europa con los humanistas, la «filosofía humanista», y la reforma protestante. El humanismo y la escolástica, y una peculiar actitud ante la reforma protestante, están presentes en todos ellos, con distintos matices, a los que esta investigación alude más o menos detalladamente.

La Presentación comienza aludiendo al «conflicto de las interpretaciones» de un texto escrito, por ejemplo, : «¿Quién tiene razón en la interpretación de El Quijote? ¿El filólogo? ¿El filósofo? ¿Miguel de Unamuno, que publicó una obra dedicada a la ? ¿O tal vez Ortega y Gasset que nos dejó una bella introducción a su pensamiento en sus ? ¿Puede existir alguna exposición más válida que las otras? Y si no fuera así: ¿Todas serían aceptables?».

Los problemas de la hermenéutica o interpretación, sobre los que han reflexionado Heidegger, Gadamer y Ricoeur, entre otros, durante el siglo XX, aparecieron ya planteados en algunos profesores de la Universidad de Salamanca en relación, sobre todo, con la traducción e interpretación de la Biblia: ¿cómo interpretar el sentido verdadero de los textos bíblicos? La disputa alcanza en seguida a los tres representantes principales de la Escuela de Salamanca, entendida en sentido restringido (el maestro Francisco de Vitoria y sus discípulos Domingo de Soto y Melchor Cano), y a fray Luis de León.

¿Qué pensaba la Escuela de Salamanca sobre la traducción e interpretación de la Biblia? Para captar el verdadero sentido del texto bíblico, no basta entender la lengua en que está escrito. Vitoria y sus discípulos ponderan la dificultad de interpretarlo. Por esto, defienden que no todas las interpretaciones pueden ser igualmente válidas y que

no se ha de poner la Biblia a disposición de todos los cristianos sino sólo de los teólogos y cristianos capaces de entenderla adecuadamente, a diferencia de Lutero, que aconsejaba su lectura a niños y mujeres. Soto y Báñez, además, conscientes de que el núcleo fundamental de las controversias del siglo XVI entre protestantes y católicos, el centro de todos los problemas religiosos de Europa, radica en la interpretación de la Biblia, se inclinan por la necesidad de admitir una autoridad que establezca los límites de la comprensión y apruebe una traducción como la auténtica, frente a otras posibles traducciones. Pues temen que la lectura e interpretación libre de la Biblia («libre examen») se convierta en una fuente de relativismo y de proliferación de herejías, como la protestante o luterana.

La autora dirige especialmente su atención hacia la personalidad polifacética de fray Luis de León, en la que se combinan todos los caracteres definitorios del Renacimiento español: comprensión de la Sagrada Escritura, humanismo, conocimiento de los clásicos greco-latinos, orientación filosófica y teológica, cierta aceptación del erasmismo y corrientes afines, etc. Le dedica más de las dos terceras partes de su libro. Destaca su continua preocupación hermenéutica en relación a la interpretación, la comprensión y la traducción de la Biblia. Nos relata cómo fray Luis participa de lleno en los debates del siglo XVI y se opone, en muchas ocasiones, a las ideas defendidas por algunos de los miembros de la Escuela de Salamanca. A diferencia de ellos, fray Luis de León está convencido de las ventajas que tendrá la difusión del texto bíblico en todos los estamentos de la sociedad. En su dedicatoria de los , es muy tajante en la defensa de la traducción de la Biblia a las lenguas vernáculas. Valora positivamente, en contra de la postura de sus maestros Soto y Cano, el acceso de todo el pueblo cristiano a los tesoros de la Biblia. Los dominicos señalan las dificultades para desentrañar los sentidos de la Biblia. Fray Luis sostiene que Dios «compuso la Biblia con palabras llanísimas y en lengua que era vulgar». Resulta incongruente pensar que Dios no quiera que su Palabra pueda ser accesible a todos.

Respecto al problema de la hermenéutica de la Biblia, se produce en la Universidad de Salamanca, en el siglo XVI, un duro enfrentamiento entre los vulgatas (partidarios de la Vulgata, la traducción de san Jerónimo al latín, elegida por el Concilio de Trento como modélica o normativa para la Iglesia) y los hebraístas. Fray Luis se inclina por los segundos. Uno de los primeros, Bartolomé Medina, acusa, en 1571, ante el Tribunal de la Inquisición, a los hebraístas por ser «amigos de novedades» y no acatar la autoridad eclesial. Su actitud favorable a la primacía del texto original hebreo en caso de conflicto interpretativo, entre otros motivos, debido también a la enemistad de algunos profesores, le cuesta un proceso inquisitorial que durará más de cuatro años.

Antes de terminar esta breve reseña, me atrevo a hacer algunas anotaciones críticas. La autora adopta una postura filosóficamente correcta, conforme a la actitud actual de muchos filósofos: «ya se sabe que en filosofía no importan tanto las respuestas cuanto la calidad de las preguntas» (p. 10). Ciertamente, la calidad de las preguntas es una cuestión importante en filosofía. Pero si no confiamos en nuestra capacidad de acercarnos algo a la verdad de las respuestas, ¿para qué perder tiempo en plantearnos preguntas cuya respuesta nos resulta totalmente inaccesible?

Los conceptos de «filosofía humanista» y «filosofía hermenéutica» juegan un papel clave en esta obra. ¿No hubiera sido conveniente, al principio o al final, haber explicitado o sintetizado las aportaciones aprovechables de los pensadores salmantinos del siglo XVI al debate actual sobre esos problemas? ¿Hasta qué punto podría considerarse la hermenéutica bíblica como modelo de la hermenéutica filosófica?

Quizás hubiera convenido también aludir más ampliamente a lo que la teología y filosofía escolásticas supusieron de obstáculo o ayuda para entender la Biblia. Por otra parte, se habla de la escolástica en bloque, pero en la misma Universidad de Salamanca había distintas orientaciones escolásticas, aunque la predominante fuese la tomista.

Las anteriores observaciones no disminuyen los méritos indudables de este libro. Su lectura revela el modo riguroso como procede la autora, María Martín Gómez, en su investigación; fundamenta todas sus afirmaciones en las fuentes más inmediatas o directas. Y no se queda en la hermenéutica bíblica. De vez en cuando, advierte que su exposición apunta indirectamente al problema de la historiografía filosófica. El problema filosófico de la interpretación y comprensión de textos, que desarrolla en relación con los debates hermenéuticos del siglo XVI sobre los textos bíblicos, se plantea de modo semejante en el caso de los textos filosóficos.

Ildefonso Murillo

SWEETMAN, Brendan: *La religión y la ciencia. Una introducción*. Traducción de Fermín O. Soto. Sal Terrae / Universidad Pontificia Comillas, Santander / Madrid, 2016. 239 pp.

El libro es, como bien anuncia, una introducción. Lo considero más un texto para estudiantes que para personas preparadas en filosofía y en teología, para los cuales quizá no aporta cosas sustanciales. Sí, en todo caso, una información actualizada sobre la postura de algunos naturalistas actuales como Carl Sagan, Richard Dawkins o Francis Crick. Pero con un estilo ameno, la postura de fondo del autor encarna una opción

sensata que podría estar representada en otros muchos libros de hace años. En este sentido constituye un respaldo de posiciones clásicas.

Brendan Sweetman comienza con una delineación de posturas en la cuestión de la relación entre ciencia y religión, donde encuentra tres soluciones principales: el conflicto, la independencia y el diálogo. Resulta interesante la argumentación del autor para mostrar que el diálogo es el enfoque más racional de todos, fundándose en la parcialidad e imperfección de nuestro saber que pediría una compleción y conllevaría una curiosidad innata hacia toda fuente de conocimiento.

De algún modo siento el posicionamiento del autor acorde con mi convicción de que la ciencia y la religión no pueden pretender hablar de lo mismo en el mismo sentido. A veces hablan de lo mismo, sí, y por eso no es convincente el modelo de la independencia. Pero pretender que lo hacen en el mismo sentido significa un concordismo que no sé si, en el libro, está suficientemente reflejado como fuente –a la larga– de conflicto.

La obra tiene varios capítulos de recorrido histórico para acabar situándonos en el presente, en una situación de ateísmo negativo (no positiva negación de Dios) que llamamos secularismo, y en un naturalismo con frecuencia asociado ideológicamente al mismo. Vende mucho pregonar la incompatibilidad entre evolución y creación, entre evolución y diseño, entre y creación divina. Sweetman se aplica con paciencia a desenredar esos falsos antagonismos. Es especialmente interesante la información del estado de estas discusiones en Estados Unidos, que es de donde procede el autor, ya que no rara vez nos parecen de otro planeta las noticias que nos llegan de presuntas contraposiciones que allí parece que se tienen por reales.

En capítulo quinto, donde se pone en juego la imagen del hombre que subyace a las distintas posiciones, me ha resultado sugerente el tratamiento de la posibilidad de inteligencia extraterrestre. Sweetman piensa que, en caso de existir tal inteligencia, sería en definitiva un refuerzo acumulativo de la creencia en la existencia de Dios. Una vida no inteligente podría adscribirse al designio divino tan bien como la que nos sugiere el difícil equilibrio de las cosas en nuestro universo para hacer que nosotros existamos. Pero si esa vida es inteligente, aunque tuviera rasgos diferentes de la inteligencia humana, no dejaría de ser racional y libre. Lo cual le llevaría a abrirse a las mismas preguntas que los humanos nos planteamos, inclusive la pregunta por Dios.

Otro capítulo llamativo para mí ha sido el último, dedicado a «La ciencia, la religión y la ética». Aborda temas de evidente actualidad como el mapeo del genoma humano, la utilización de células madre y la clonación. Y no como una explicación puramente técnica, sino registrando problemas éticos asociados a ellos.

José Luis Caballero Bono